

DONDE ESTÁN LAS COSAS POR HACER

Curro González*

¿Adónde irás, preguntas, cuando mueras?
 Adonde están las cosas por nacer.
 L. A. Séneca
 La poesía se lee con los nervios.
 Wallace Stevens

El 14 de julio de 2012 recibí un lacónico correo de Kevin Power en el que me revelaba que estaba a punto de terminar una colección de poemas que trataban sobre la muerte, más concretamente sobre su propia muerte. Su deseo era que algunos amigos artistas los ilustráramos para poder editar un libro de factura artesanal, similar a los que él mismo realizó en sus comienzos, cuando vivía en Francia. Terminaba su correo diciendo textualmente: “Espero poder terminarlo antes del hecho”.

Le respondí de inmediato agradeciéndole su invitación y añadiendo que esperaba que el dramático final de su correo se correspondiera con algún rasgo del buen humor negro inglés que aún debía correr por sus venas. Al poco tiempo, el 13 de agosto, recibí los poemas y tras su lectura quedé profundamente conmovido.

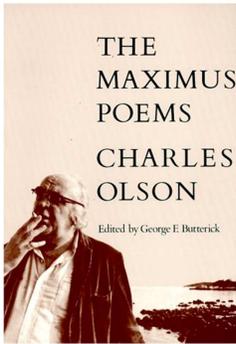


Curro González © 2015. “Mad Encounter-Frozen Eyes.” Óleo sobre lienzo. Díptico,
 2 obras de 81 x 100 cm.

* Curro González es un artista cuya obra se ha expuesto en el MNCARS, el ARTIUM de Vitoria, el CAC de Málaga, el CAAC de Sevilla y en galerías nacionales e internacionales. Su obra forma parte de las colecciones de la Fundación La Caixa, Banco de España, Cajamadrid, Ayuntamiento de Pamplona, Unicaja, Fundación Coca-Cola, o Stadtbücherei de Stuttgart.

A lo largo de los años Kevin Power había alternado sus escritos sobre arte, monografías sobre artistas y ensayos críticos, con la poesía, aunque esta faceta había quedado relegada en el conocimiento público de su trabajo. Pero sin duda la poesía había estado en el origen de su interés por el arte pues a fin de cuentas, como señala Stevens, “la lengua es un ojo”. Ambos, lengua y ojo, confluían en Kevin de manera indiferenciable. Y en sus últimos años, cuando en su conversación dejaba translucir su hastío del mundo del arte, pienso que fue acentuando su mirada con un renovado perfil poético, como esa suerte de refugio que podía permitir que continuara aflorando lo mejor de sí mismo.

En septiembre de ese año Mónica, su compañera, me comunicó que había sufrido una angina de pecho. Llamé a Kevin para saber cómo se encontraba y recuerdo que su estado de ánimo me pareció excelente. Fue una larga conversación en la que hablamos sobre sus poemas recientes y sobre tantos momentos que, a lo largo de los años, habíamos compartido. Reflexionamos juntos sobre la relación entre poesía y pintura y sobre la enorme dificultad para interpretar ese vínculo en los tiempos actuales. Me alegro, ahora, de haberle podido transmitir en esa charla mi gratitud por tantos años de amistad al recordarle cuánto seguía valorando el texto que escribiera en 1985 para un libro que publicamos con mis dibujos. Aquel escrito suyo me despertó el interés por la lectura de William Carlos Williams, de Charles Olson, de Robert Creeley y de tantos otros poetas norteamericanos. Todo un mundo que él me descubrió entonces y que, como le señalé, me ayudó a situar el mío.



Comencé a abordar el trabajo de interpretar los seis poemas que me envió con una mezcla de sentimientos contradictorios. Me encontraba por entonces en un proceso de cambio, había saturado algunas de las líneas de trabajo precedentes y sentía la necesidad de abrir mi obra hacia un espacio en el que las fronteras entre el dibujo y la pintura quedaran definitivamente diluidas. La superficie del papel y de la tela empezaban a ser equivalentes. El color volvía de nuevo a cobrar significado por sí mismo, abriéndose a formas e imágenes que fluían con una libertad mayor. Era una transición inaplazable tras haber estado sujeto durante algunos años a un tipo de trabajo que sentía ya excesivamente dependiente de las imágenes reales.

Desde principios de los 90 hasta entonces éstas habían sido unas referencias necesarias ante las que reaccionar con mi trabajo, quizá con la intención de posibilitar una narración del mundo, muy a pesar de que apenas me sentía capaz de comprenderlo. En cierto modo necesitaba regresar a mis comienzos, en los primeros 80, y volver a sentir aquella energía que me permitía proyectarme sin cautela sobre las cosas. Supongo que Kevin hubiera llamado a esto una pulsión hedonista, pero en buena medida somos hijos de estas contradicciones, y creo que no me equivoco si digo que también él, con frecuencia, estuvo puliendo el filo, a la vez amargo y dulce, de esa navaja.

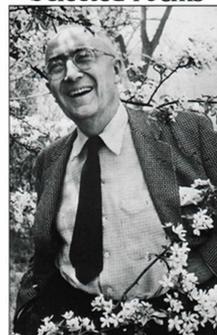
En los meses siguientes pude comentarle algunas dudas y expresarle mis impresiones sobre los poemas. Esto me ayudó a consolidar algunas ideas, pero sentía que no tenía listas las herramientas para afrontar el trabajo en ese momento. Es habitual que las ideas queden durmiendo durante un tiempo, como si reunir las y dejarlas olvidadas en un rincón pudiera servir para que ellas solas encontraran una formulación precisa que las hiciera brillar, del mismo modo que los días y las noches sirven para interponer intervalos a los pensamientos, para darles ritmo, para pausarlos, acelerarlos e incluso ahogarlos cuando es preciso. Creemos siempre que contaremos con tiempo, y terminamos contando los días como minutos y segundos.

Recuerdo que algunos años antes, en 1991, colaboramos en una exposición, titulada *Historias de amor*, que organizó el Ateneo de Valencia. En aquella ocasión acordamos trabajar sobre un poema de William C. Williams titulado “Asfódelo, esa flor verdosa”, un gran canto al amor con el que Williams al final de sus días reconocía a Flossie, su compañera, la entrega y comprensión que le tributó durante toda su vida. Kevin escribió un magnífico texto para el catálogo. Ahora, al releerlo, voy encontrado un sentido al modo en el que esta presente colaboración sobre sus poemas últimos, en cierta medida póstuma, va viendo la luz.

Decía él en aquel texto que “quisiera seguir construyendo este discurso tomando como punto de partida precisamente la anécdota, porque son las historias, los incidentes, las imágenes, lo que recordamos del amor. La Historia es una narración ficticia aunque haya un mínimo consenso sobre su entramado. La verdad es, literalmente, lo que ocurre, y lo que ocurre es una acumulación de historias, tanto reales como imaginarias”. Era todo un reconocimiento a la humildad primordial de lo anecdótico como un motor que nos abre las puertas a la imaginación; algo, por otro lado, cada vez más necesario como contraposición a la soberbia de ciertos discursos artísticos que se establecen con el afán de imponer una supuesta verdad universal.

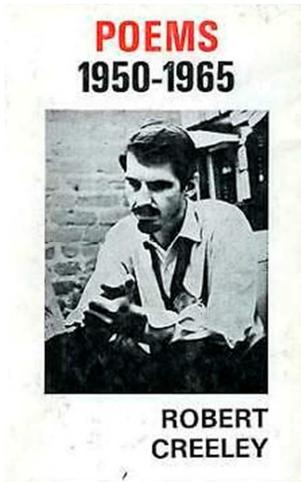
Lo que me recuerda ahora que, a pesar de su condición perecedera, confiamos en que la representación de lo que ocurre, imágenes o anécdotas, sobreviva, aunque sólo sea antes de difuminarse en nuestro particular recuerdo. Como señalaba Kevin Power en ese mismo texto, “hacemos lo que sabemos antes de saber lo que hacemos. Me parece que éste es un fenómeno muy interesante. Es el momento en el que cuerpo y mente se unen. No debemos permitir que el lenguaje sea nuestro único equipaje, pues en ese caso, poco a poco todo dejaría de funcionar”.

William Carlos Williams
Selected Poems



Edited by Charles Tomlinson

Puede que suframos una inflación de pensamiento artístico. Todos los que llevamos desarrollando un trabajo creativo durante un tiempo podemos constatar cómo los excesos verbales han llegado a cotas insospechadas de ridículo, oscurantismo y pomposa vacuidad. Pero qué le vamos a hacer, si esto es lo propio de la actividad de la Academia de nuestro tiempo presente y, claro, esto del arte está dejando de funcionar... Por ello él insiste: “No me interesa ilustrar el pensamiento (iya está bien de espejos!), me interesa el sentido de lo que acontece, como cuándo y adónde vamos. Quiero una vida que responda a la experiencia en sí misma”. Y nos recuerda a continuación las palabras con las que Robert Creeley manifestaba que “no quiero ser testigo de mi propio pensamiento—ese especioso concepto de identidad—sino de lo que soy como simple agente, como algo vivo precisamente por ser puente transmisor”.



Quizá al ponernos nosotros por delante hemos concebido y construido una estructura que nos hace olvidar lo que esencialmente otorga sentido a la existencia del arte, quizá todo deba ser más simple. Así, al menos, concluía él su artículo: “El amor es acontecimiento. Se siente en todas partes. El primer signo del pronombre yo fue un barco. Hagámoslo naufragar a veces...”

La última vez que nos vimos fue en la primavera de 2013, en la inauguración de la exposición *Manila Vice* en el MIAM de

Sète. En cierto modo fue un encuentro inesperado y algo loco en el sur de Francia. Yo tenía que marcharme al día siguiente a París y todo fue muy breve, con apenas tiempo para hablar con tranquilidad. Me escribió más tarde diciéndome que fue buena cosa encontrarnos y me recordó que la vida es corta y los amigos pocos. Resultaba muy difícil intuir en ese momento que el desenlace, ese naufragio definitivo, estaba ya próximo.

Cuando anoté en mi diario la frase del coro de *Las Troyanas* de Séneca con la que comienza este texto, confundí una letra y donde debía decir “nacer” apareció “hacer”. Considero que ese error finalmente ha resultado productivo en un sentido inesperado. De esa manera consigo ahora imaginar un lugar en el que podríamos encontrarnos para terminar todo lo que no pudimos acabar, para decir todo aquello que no logramos expresar. De ser así, me gustaría celebrar con Kevin un último banquete y reírnos de la muerte como lo

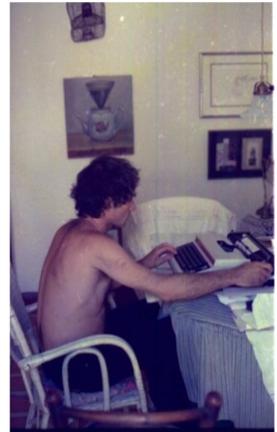


Foto © 1984 Manuel Brito.
“Kevin en su casa de Alacant.”

hicimos de la vida. Como él mismo indica en uno de sus últimos poemas, “hacemos lo que hacemos, lentas masacres de uno mismo”. Nuestras vidas se han terminado tejiendo con anécdotas, con encuentros casuales, también con desencuentros y errores. A veces hemos cruzado algún túnel, pero puedo afirmar que en ciertos momentos pudimos celebrar la vida y ahora quiero que sean esos recuerdos brillantes los que permanezcan.